

LA GUERRILLA

Por PEDRO COSTA MUSTE y MANOLO REVUELTA (enviados especiales)

Gaspar García Laviana es sacerdote, poeta y comandante del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Nacido en Asturias, marchó a Nicaragua como misionero y allí aprendió que el amor a Cristo se predica con una metralleta. Francisco Rubiales (Efe), en Panamá, y Manuel A. Llana, en Asturias, han colaborado en la confección de este retrato del cura guerrillero español.

entreviu

—¿De verdad que está bien? ¿Pero le han visto ustedes?

Silverio García y Enriqueta Laviana, los padres del cura sandinista, siguen por la prensa lo que pasa en Nicaragua con una lógica preocupación.

—A nosotros nos gustaría que volviera, pero él está más contento allí porque puede luchar por el bien del pueblo. A mí no me gustó que se marchara —dice la madre—, aquí tuvo posibilidades de quedarse, hasta tenía un trabajo y conoció a una chica. Pero nada acababa de llenarle. No le hemos visto desde octubre del año pasado, vino con Carlos Mejía Godoy, ese cantante, que interpretó precisamente aquí, en Tuilla, la primera misa campesina.

Pero Gaspar García Laviana dejó el pueblo de Langreo para regresar a su misión: la guerrilla sandinista. "A morir, a morir / guerrillero / que para subir al cielo / hay que morir / primero", escribió.

—Nací en 1941, estudié en Valladolid, estuve un año en Barcelona y me ordené en Logroño. Luego fui a Madrid, quería ser cura obrero y todo eso. Cuando en mi orden, la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, pidieron voluntarios para venir a Nicaragua, yo me levanté el primero.

Sin afeitarse, una especie de boina cubriendo su cabeza, junto a varios miembros de la dirección del Frente Sandinista con los rostros tapados ("yo, con la cara descubierta...", ya estoy muy quemado"), en un lugar de Panamá, poco antes del retorno a Nicaragua, se mantuvo esta entrevista. La conversación es fácil, Gaspar derrocha humanidad y convicción. Somoza lo conoce bien, dijo sobre él en una ocasión: "¿Qué habría dicho Franco si yo le hubiera enviado gente tan indeseable como ese cura Laviana que anda por ahí haciendo el imbécil con las armas?".

—Sí, yo vine cuando el franquismo. Venía a evangelizar. Era mil novecientos sesenta y nueve. Lo único que sabía de Nicaragua era que faltaban sacerdotes. Esto para mí era la selva. Mi primera sorpresa fue el calor y ver que la gente no iba con



Los padres del cura Laviana en Tuilla (Langreo): "Nos gustaría tenerlo aquí".

taparrabos. Me tocó una inmensa parroquia, de seiscientos kilómetros cuadrados, en Granada. Todos analfabetos, sin escuelas, sin comida, sin casas, sin nada vamos. Yo hice escuelas, traté de estimular a la gente para que aprendiera, pero me di cuenta de que no apreciaban la cultura, de que les importaba un comino la alfabetización. Yo traté de enseñarles técnicas agrarias, pero era inútil, no tenían tierras donde aplicar los nuevos conocimientos. Así, durante cuatro años.

—Cuatro años de predicar en el desierto...

—Cuatro años recorriendo todos los organismos oficiales en busca de ayuda que nunca llegaba, cuatro años de mentiras, cuatro años atontando a la gente, dándoles ilusiones efímeras y ficticias con mis programas y mis proyectos. Y un día me di cuenta de que yo era un servidor más de la tiranía somocista, un lacayo de aquel régimen corrupto. Mi misión consistía simplemente en que la gente siguiera dormida.

—¿Y entonces?

—Entonces planeé matar al dictador.

COMO VOLAR A SOMOZA

El cura Laviana tuvo problemas en su parroquia, como cuando luchó

con todas sus fuerzas para cerrar un prostíbulo que era propiedad de un buen amigo de Somoza. ("He sido testigo del inmundo tráfico carnal a que se somete a las jóvenes humildes, entregadas a la prostitución por los poderosos".) Su evolución le llevó a este intento de tiranicidio. Se ríe cuando lo recuerda: "Ahora ya ha pasado y no importa el decirlo".

—¿Cómo ibas a matar a Somoza?

—No era yo solo. Había un maestro..., nos juntamos varios. Nuestra idea consistía en que el mal era Somoza y, por tanto, había que eliminarlo. Somoza tenía una casa en San Juan del Sur, junto al mar, y esa casa sólo tenía un paseo para llegar a ella. La casa estaba supercustodiada por la Guardia Nacional, pero localizamos una alcantarilla desde la que era posible llegar debajo de la casa para colocar allí una bomba y hacerla explotar a distancia. No llegamos a comprar la bomba, pero ya teníamos hecho el contacto.

—¿Un atentado tipo Carrero?

—No, fue antes. En 1973, pero antes de lo de Carrero. Era muy sencillo: Somoza solía ir cada quince días a la finca.

—¿Por qué no se hizo?

—Porque nos dimos cuenta de que el problema no era Somoza, nos dimos cuenta de que la muerte del dictador sólo representaría una fuerte

masacre entre el pueblo y que encontrarían a otro de repuesto. El objetivo no era matar a Somoza, sino erradicar la dictadura, acabar con todo el aparato estatal.

—¿Cómo se produjo ese paso decisivo hacia una acción violenta?

—Para mí, con una formación social no violenta, fue un problema muy grande. Sólo había un causante de los millones de hombres humillados, aplastados, oprimidos, muertos: Somoza. Entonces me planteé el ya antiguo problema teológico-moral: ¿Es lícito matar al tirano? La respuesta era sí, no había más remedio, era por el bien de toda la comunidad. Los documentos de Medellín, suscritos por los obispos de América Latina, lo dicen bien claro: "La insurrección revolucionaria puede ser legítima en el caso de tiranía evidente y prolongada y que atente gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañifique peligrosamente el bien común del país, ya provenga de una persona, ya de estructuras evidentemente injustas".

—Pero una cosa es justificar algo moralmente y la otra que un sacerdote sea precisamente el que aprieta el gatillo o conecta el detonador.

—Es lo mismo. Hay que ser consecuentes con las ideas. El bien de muchos justificaba el que este hombre desapareciera. Entonces el pueblo, dormido por la propaganda, no era consciente de esto. Yo sí lo era. Era mi misión.

—¿Has matado alguna vez a alguien?

—No podría asegurarlo. Creo que sí. Cuando uno está en combate, dispara contra el enemigo para derrotarlo. Claro que alguno habrá caído. Yo tiro a matar, desde luego. Y cuando se dispara un "rocket" son varios los que saltan por los aires.

EL NOVICIADO GUERRILLERO

—Volviendo a tu evolución. ¿Cómo ingresaste en el Frente Sandinista?

—Entonces, el Frente era muy poquita cosa, una pizquita, una semillita... Pero su programa me gustaba. Hablé con gente, dejé ver cuáles eran mis intenciones y un día se me presentó un muchacho, un chavalito casi recién nacido el jodido, y entré. Entré como aprendiz, claro. En la guerrilla no cuentan ni los enchufismos, ni los cuentos. Me empezaron encargando mensajes, cosas de propaganda, pequeñas acciones... Un noviciado.

—¿Cómo combinaste tu militancia con el sacerdocio?

—Yo estaba haciendo algo legítimo y así lo planteé a mis superiores.

Unos lo comprendieron más que otros. Votaron, y unos lo hicieron positivamente y los otros se abstuvieron. Por encima de todo, siempre han respetado mi decisión. En mi vida he encontrado dos comunidades bien distintas, pero ambas apasionantes: la religiosa, donde siento que me quieren y me respetan; y la sandinista, donde tengo amigos del alma, donde lo compartimos todo, donde nos jugamos la vida a diario.

—Pero, ¿tú te sigues sintiendo sacerdote?

—Sí, claro. Y hay muchos católicos en el frente. Católicos, apostólicos y romanos...



—¿Dices misa en la montaña?

—¿Pero vosotros pensáis que la montaña es un parque o qué? La montaña es todo peligro. Es cansancio, es hambre, mosquitos, aviones, guardias. Guardias, sobre todo. Que ahora no van ya, pero ojalá lo hicieran.

—¿Cuánto duró tu noviciado guerrillero?

—Tres años. Y fue más duro que el otro. La guerrilla es una escuela terriblemente dura, terriblemente difícil. Pero aprendes mucho. Te prueba desde el físico hasta la mente; la honradez, tu moral, tu iniciativa, tu capacidad... Para ser un sandinista activo hay que tener muchas cosas.

—¿Cuándo entraste en combate?

—Primero estuve en la clandestinidad. La clandestinidad es meterse en un buzón, en un agujero. Aparecer sólo por las noches, ver ciertos contactos, salir sólo cuando estás seguro

de que no te esperan... Y nunca estás seguro, siempre te juegas la vida.

—¿Y tu pase definitivo al frente?

—Para el golpe de octubre del año pasado yo iba a entrar en combate con otros veinticinco compañeros pero, al final, órdenes superiores dijeron que nos mantuviéramos al margen. El día del combate de Masaya, yo estaba en Managua, en la calle, viendo pasar a las tanquetas que iban a atacar a mis compañeros. Recuerdo que a mi lado había una muchacha llorando. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que su hombre era sandinista y estaba en Masaya pegando tiros. Me costó mucho trabajo no delatarme. Pero yo ya estaba ubicado; el coronel Fermín Meneses, que ahora es general, había tendido una red para liquidarme. Salí a Guatemala por los pelos, marché a España de vacaciones y a mi regreso ya pasé totalmente a mi trabajo en el frente.

"EL SOMOCISMO ES PECADO"

Antes vino la Navidad. El cura Laviana escribió para sus feligreses una de las homilias más bellas que jamás se hayan hecho: desde "algún lugar de Nicaragua" el sacerdote explica a sus feligreses su decisión de unirse al Frente Sandinista y les pide apoyo activo. Acaba así: "El somocismo es pecado, y librarnos de la

opresión es librarnos del pecado. Y con el fusil en la mano, lleno de fe y lleno de amor por mi pueblo nicaragüense, he de combatir hasta mi último aliento por el advenimiento del reino de la justicia en nuestra patria, ese reino de la justicia que el Mesías nos anunció bajo la luz de la estrella de Belén. Patria libre o morir".

—¿Cuál fue realmente tu primer combate?

—En febrero de este año, en Rivas, cerca de la frontera de Costa Rica. Yo fui de segundo, luego ya me nombraron comandante y ahora tengo mi columna, que pertenece al frente Sur.

—¿Por qué te han hecho comandante?

—No es fácil llegar a comandante en el Frente. Por tu arrojo, por tu valor, por tu iniciativa... Tú, díles qué tal soldado soy.

El cura Laviana se ha dirigido a uno de los testigos de la conversación, un joven de veintidós años, con mayor grado que él, miembro del Estado Mayor del Frente. "Gaspar es valiente, inteligente y en los combates comunica mucha alegría y alta moral a la tropa", es su opinión.

—¿Lo veis? Un asturiano arrojado soy yo.

La entrevista se ha realizado en Panamá, donde el cura guerrillero ha llegado deportado desde Costa Rica con un grupo de sandinistas.

—Ni nos replegábamos, ni huíamos. Un compañero y yo habíamos decidido cruzar la frantera para buscar comida y pretendíamos pasar por campesinos. Pero el pastel se descubrió. Uno de Seguridad nos preguntó de dónde veníamos. “De una finca de allí atrás”, le dijimos, “de trabajar”. “¿De trabajar y con esos pantalones tan mojados? Vosotros sois sandinistas”. Lo más divertido es que creían que yo era Cero. Llamaron por radio: “Tenemos a Cero”. “¿A Cero? —les dije—. Pero si Cero es

más bajo que yo, que lo conozco muy bien, que acabo de dejarle hace un rato”. Nos dijeron que no nos preocupáramos, pero el jodido comandante me esposó y tuve que decirle que yo no era un delincuente común. “¿No ve que si hubiéramos querido con nuestras fuerzas hubiéramos aniquilado a sus guardias?”. Yo no llevaba armas, sólo un machete. Me quitó las esposas, pero yo le dije que lo hecho, hecho estaba.

—Pero lo de Nicaragua parece estar acabando y no precisamente a favor del Frente.

—Nuestra infantería está intacta. Somoza se ha limitado a arrasar las ciudades conquistadas con la aviación. La dictadura ha eludido el combate. Tenemos capacidad militar suficiente para destruir a la Guardia Nacional, pero nos huyen. Somoza sólo sabe bombardear pueblos, matar indiscriminadamente. Nosotros estamos ganando; en el pueblo en el que entraron veinte sandinistas, han salido quinientos. La juventud se va con nosotros. Esperamos que la Guardia Nacional se enfrente con nosotros, que venga con sus tanques, con sus Sherman. Los barreremos antes de que acabe este año.

—Pero Somoza está recuperando las ciudades...

—Eso es mentira. Somoza no está tomando nada. Somoza no ocupa las ciudades. Es como cuando la guerra de la Independencia en Espa-



ña: los guardias de Napoleón salían de un pueblo y el pueblo se levantaba de nuevo. Los guardias de Somoza dejan una calle de León para ir a otra y esa calle ya está levantada de nuevo. Cada casa en Nicaragua es un cuartel, un cuartelillo; y cada habitante, un soldado. Es una guerra entre el pueblo y la Guardia Nacional. Somoza para ganar tiene que matar a todo el pueblo, sólo así podrá cantar victoria.

—¿Cuál es el objetivo del Frente?

—Nuestra lucha culminará con la constitución de un gobierno democrático y popular, un gobierno en el que

estarán integrados el Frente Amplio Opositor (FAO), Pueblo Unido, una representación de los Doce y el Frente Sandinista, por supuesto.

—¿El Frente ha llegado al máximo de sus posibilidades? ¿Habrá una nueva ofensiva?

—Por supuesto que no puedo revelarlos secretos militares, pero es importante remarcar que el Frente está intacto, que tenemos fuerza más que suficiente para aniquilar a Somoza. Todo ha funcionado a la perfección. Algunas ciudades nos han superado, claro, como Matagalpa, donde las condiciones para el pueblo eran tan insostenibles que saltaron antes de

tiempo. Pero Masaya, Estelí, León, Chinandega..., en todos esos lugares las acciones se han producido como se habían planeado.

—¿El pueblo ha ido más lejos en otras cosas que el Frente?

—Algo ha habido. En León, por ejemplo, a pesar de explicar nosotros que había que evitar incendios en tiendas y propiedades porque eran legítimamente del pueblo, la gente no ha podido contener la ira y el odio acumulado contra los opresores durante tanto tiempo y ha destruido las propiedades de sus enemigos. Claro que no es nada al lado de la destrucción causada por la dictadura somocista.

—¿Cómo analizas la Guardia Nacional? ¿Existen fisuras en ella?

—La Guardia no es un ejército orgánicamente constituido, como el español, por ejemplo. Un general manda sólo a cincuenta hombres, lo que es absurdo porque le corresponde una división. Un teniente que sea amigo de Somoza o de su hijo tiene más poder que un general. Si cae Somoza, la Guardia Nacional se desarticula. Un golpe militar es imposible aquí, nadie tiene mando para poder hacerlo. Somoza cuida muy bien el poder y lo da más que racionado. Si la Guardia Nacional sigue unida es por Somoza, no por intereses políticos o económicos; toda esa panda de asesinos teme que el pueblo un día les pida cuenta de lo hecho. La Guardia Nacional no ha sido más que la salvaguarda de la corrupción. La muerte del general Alegrétt, una extraña muerte, puede ser un síntoma de desunión. Cuando el padre de los Somoza fue ejecutado por el revolucionario Rigoberto López, el general Alegrétt les dijo a los dos Somoza, Tacho y Luis: “No sean pendejos, hijos de puta, agarren ese poder que nosotros nos encargaremos de mantenerlo”. Pero ni el propio Alegrétt llegó a tener la confianza de Somoza.

Gaspar García Laviana, cura, poeta, guerrillero, ha vuelto a Nicaragua a mandar a su columna. Este es uno de sus poemas, titulado “Terrateniente”: “Voy a cortar mi carne en girones / para colgarla / en cada púa de tus cercos / hasta que se pudra / y no resistas el hedor / y tengas que marcharte / a otra parte”.

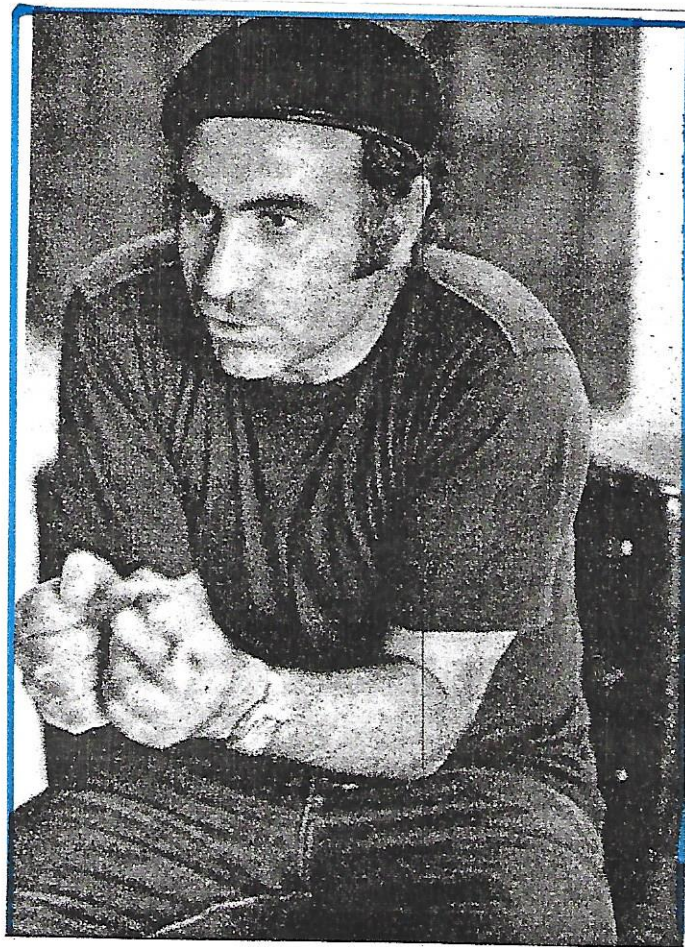
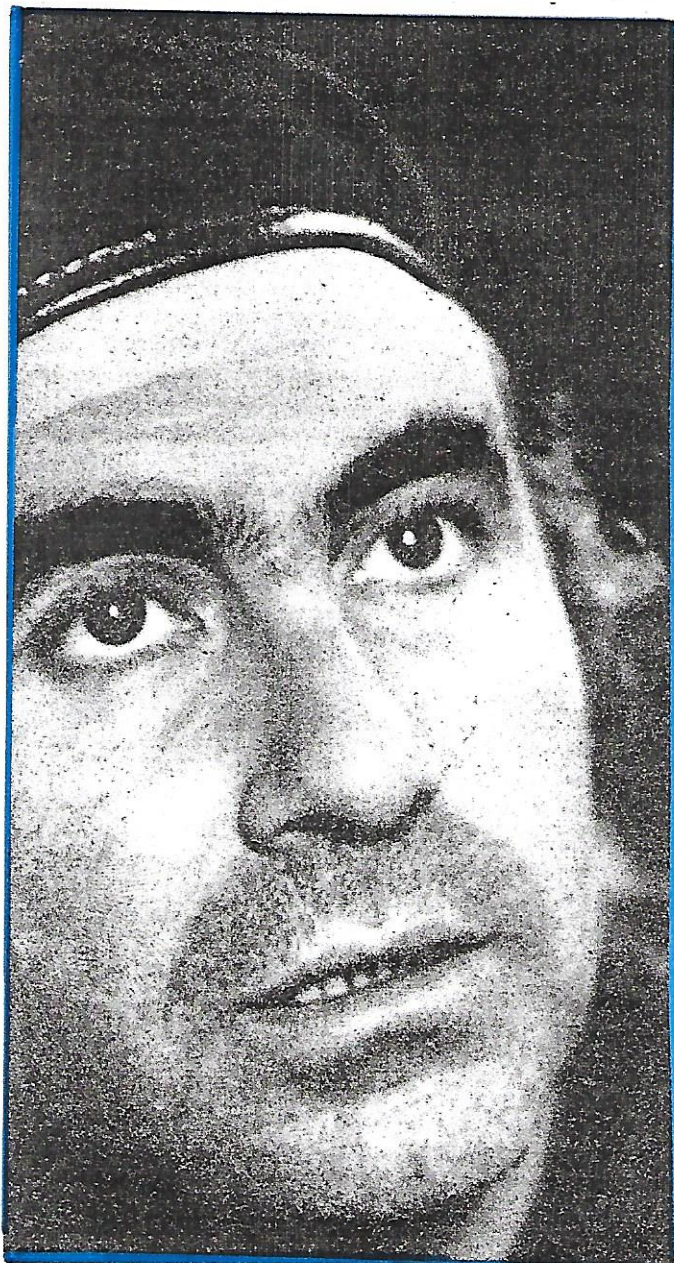
interviú

AÑO 3 N.º 125

1978

5-11 octubre

60 ptas.



fotos en este
reportaje de
INTERVIU



"Sólo hay un causante de los desastres de Nicaragua: Somoza". (En la foto, uno de los cuatro muertos del hotel Sosa, en Matagalpa, al que le destruyó la cabeza una bala del calibre 50).